

Sobre los Veterinarios Escritores en la Academia de Ciencias Veterinarias de Colombia

Por: Ricardo Andrés Roa-Castellanos, PhD.

El prefijo *Vet-* denota la ancianidad, aquello antiguo o vetusto que dio origen a la sabiduría engendrada en la experiencia que hizo del Senado original el cuerpo colegial experimentado que mejor podía guiar a sus pueblos, y a la *Veterinaria* misma cuando los encargados de los caballos viejos, en el Imperio Romano, desarrollaron un cuerpo intelectual en torno al manejo y cuidado de los animales. La palabra *Veterinus* en latín clásico aludía a las bestias de carga o de tiro que hoy algunos jovencitos de ciudad quieren prohibir con la excusa del no maltratar. Huelga decir que la cura para el maltrato es el buen trato, el bienestar animal, y no el exterminio o la aniquilación animal.

Eran dichos animales del mundo clásico, ahora en paradoja, *utilitarios* (digamos paradójico pues la utilidad que favorecía la función engendró para la filosofía anglosajona la ética utilitarista o re-fraseo del hedonismo centrado en la figura del interés y el placer que hoy persigue los usos animales, pero excusa inclusive a nivel legislativo internacional, la zoofilia). Pero, de tales animales utilitarios clásicos, los équidos y los bóvidos, es decir, las diversas especies de tales poblaciones animales fueron las mismas que ocuparon a sus *cuidadores / sabedores* en el desarrollo de las difíciles técnicas o artes (griego, τέχνη (*Tekhne*), latín *Ars*), y conocimientos (*Episteme*, noción que implica la actual denominación “*ciencia*”) para mantenerles “*a salvo*” (latín, *Salus*).

De ahí, la expresión y lema de los colegios veterinarios “***Higia pecoris, salus populi***” trascendió como verdad de a puño, o conocimiento comprobable desde el tiempo clásico, y conservó plena validez aún en los convulsos tiempos de la reciente pandemia por Covid-19 -una *zoonosis de base*- que reiteró el significado de esa expresión latina: ***de la higiene de los ganados (o de las poblaciones animales) viene la salud o la salvación de los pueblos.***

La noción *Salus*, ergo, traduce desde el latín tanto ***salud*** como ***salvación*** en los sentidos orgánicos, e incluso, espirituales, al notar la literatura científica y religiosa greco-latina y judeo-cristiana que integraron el esplendor de Occidente.

La ***Ars medica***, o arte de la sanación de los seres humanos, halló en la ***Ars veterinaria*** su par en lo referente a la sanación de los animales. Labor de los sabios en la antropología funcional es el curar. Mamos, mogúres, jaibanás, cirujanos, herreros, taitas, rabinos, curas e imanes, como médicos del alma, han tenido por deber salvar a humanos y animales al ser el asiento intelectual de sus sociedades para una adecuada comprensión de la realidad.

Los verdaderos curanderos, así, suelen ser los sabios de las tribus, los clanes, o las distintas organizaciones sociales a través del paso del tiempo. Para ejercer cualquiera de las *tres Medicinas* (humana, animal o ambiental) es necesario el manejo del lenguaje y la palabra como origen del descubrimiento de la función orgánica (*fisiología*) en la naturaleza, y su recuperación cuando ha caído ese sistema, o microcosmos vivo, en la ruta del sufrimiento por el desequilibrio intrínseco a la enfermedad (*patología*).

* * *

El 27 de junio de 2023, la sesión solemne de la *Academia de Ciencias Veterinarias*, sostuvo una inusitada conversación. Tres académicos, Luis Jair Gómez Giraldo, Fernando Nassar y Ricardo Andrés Roa-Castellanos dialogaron sobre la inesperada producción literaria de los dos primeros autores en la investidura, como Académico de Número, del tercero junto al académico Juan Guillermo Maldonado.

¿El motivo de esa conversación? El Dr. Gómez Giraldo –experto en reproducción animal- lanzó su libro **“El Balcón de mis Recuerdos”**, una obra de estilo biográfico, costumbrista, encantadora, y bucólica que explica el devenir de una generación de profesionales de la salud animal que fue testigo del cambio de la sociedad colombiana en el siglo XX. El paso del mundo rural al urbano, las aventuras y anécdotas de un joven de provincia que se hace hombre, esposo, padre, que viaja su continente creciendo en conocimientos hasta convertirse en Médico Veterinario y Profesor Universitario, describe la azarosa vida de un colombiano tan honorable como honesto en el *continuum histórico* de una nación donde los odios ideológicos heredados, y las polarizaciones políticas, o los crímenes, siguen haciendo metástasis en un surco de dolores agravado por la violencia, la pérdida de sus costumbres y cultura clásica, el desconocimiento histórico, y el fanatismo por diversas causas superfluas como vano remplazo del *cultivo cuidadoso del alma* que aconsejara el primer Veterinario Académico y padre de la Veterinaria Occidental, Aristóteles, quien no sólo hizo tratados sobre la anatomía, reproducción, nutrición, marcha y movimiento de los animales, sino que también hiciera, precisamente, un *Tratado sobre el Alma*, y otros sobre Meteorología, y la etología humana, o *costumbres* del animal racional, hoy traducida como Ética.

Por su parte, el Dr. Nassar –ícono de la medicina de los animales silvestres y la ecología en Colombia- lanzaba también una obra literaria: **“Ancestrales. Misterio de una Familia”**. Su género literario, en contraste, es una ficción distópica futurista. La obra está centrada en un escenario de invasivo, y si se quiere, destructor avasallamiento tecnológico y poblacional que narra el contexto de un reducto poblacional humano el cual ha dejado poco de humanidad pura en los sentidos biológicos y éticos. La arbitraria indiferenciación conceptual que padecemos hoy en la realidad, entre ciencia y técnica, lleva en su historia al origen de una nueva pseudo-especie: los *Homo monsapiens*. Los *sapiens sapiens* son prácticamente historia del pasado en su narración. Tener el *“Alma libre”* en el periodo

poshumanista del “*Antrológico Nueva Era*” que sitúa la acción en el libro, significa estar *infectado* de Libertad para la disfuncional época narrada donde lo bueno es malo y lo malo bueno. Una historia, por tanto, transhumanista en su sentido medular, y un tanto apocalíptica de lo que podría pasar de insistir en los errores industriales, deshumanizantes, actuales, llenos de fobias hacia las poblaciones vivas, de misantropía, de excesos e intromisión tecnológica e industrial hasta lo más profundo de las células y las “*redes neuronales*”.

¿Podían dos obras tan disímiles tener algo en común? ¡Sin duda sí! Ante los continuos peligros contra la supervivencia humana, y de las demás especies, hay un subterfugio, una guarida por la cual hay que luchar, un núcleo hilvanado por resistentes fuerzas de unión, que es el amor llamado: familia. Tomamos aquí como hecho pertinente la definición de **Bioética** del bioquímico oncólogo, Van Rensselaer Potter, quien la resume como “**ciencia de la supervivencia**”.

Ese amor igual brotado en y por la profesión, por los hermanos animales, por la familia biológica y académica, o de formación, que llega al amor por la Tierra, la tierra de cada cual, a manera de nación, y el terruño donde está el hogar, es visible hasta en la obra de otros Médicos Veterinarios escritores como el británico James Herriot, o el ibérico Gonzalo Giner, también colega, cuyo subtítulo de su obra sobre las aventuras de un veterinario en la Edad Media, reza: “*persiguió la sabiduría*”.

En una época donde los supuestos activistas protectores de los animales están obrando más bien su desaparición, como se ve con los animales domésticos y silvestres, a los que se les prohíbe la reproducción, la cría, y se busca, por consecuencia, la abolición de su co-existencia y co-evolución con el ser humano, el escritor veterinario Giner, justamente también nos recuerda en su obra, que los grandes avances de la humanidad dependen de la simbiosis humano-animal.

Alejandro no hubiese sido Magno sin su caballo *Bucéfalo*. Ánibal quizás tampoco hubiese llegado a nuestra memoria de no haber contado con su corcel *Strategos*. Julio César no hubiera sido el hombre completo para la historia sí el hermoso *Genitor*, su caballo, no le hubiese acompañado en sus gestas como *Palomo* acompañó e hizo triunfador a Bolívar. Tampoco, el agudo y realista, aunque tomado por soñador, Don Quijote, llegaría a tener la trascendencia que tuvo sin apoyarse en el viejo y fiel *Rocinante*, tal y como George Washington, no encumbraría la independencia sin el famoso *Old Nelson*, su equino, que murió como un honrado veterano de guerras y éxitos a los 27 años. Para Zacarías (9:9), la señal de identificación del rey de Sión era su humilde montar, de entrada, en el équido más humilde, un burrito o pollino: “*He aquí, tu rey viene a ti, justo y dotado de salvación, humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de asna*”.

Los seres humanos excepcionales, bien puede decirse, cabalgan a hombros de gigantes en la cultura, en la historia, en la grandeza de la comprensión del animal como hermano y ser funcional, amigo fundamental, en la labor del día a día que nos confiere el alimento y la salud sobre la mesa, considerando que “*no sólo de pan vive*

el Hombre sino de toda palabra” hecha creación y proferida por el Creador y los que recrean con inventiva la vida de los otros para memoria, salud, aprendizaje y educación del hombre.

Aún desde el ejercicio literario es evidente que podemos afirmar, una vez más y con seguridad, en consonancia con la frase adjudicada a Luis Pasteur (1822-1895), que: *“La medicina cura al hombre mientras la veterinaria cura a la humanidad”*. Lo escrito, escrito está.

